

Carta a Vallejo

¿La vida? Hembra proteica, dijiste,
mientras soñabas el edén de mujer
en mujer desde un pantano de angustia,
cogido de la mano de un dios indio
y chiquito al que muy en secreto
gustaba la flor negra de Baudelaire.
Pero más que *una copa de mal*, eran
las colegialas quinceañeras quienes
te perturbaban con su olor a limpio,
el sol en la mirada, esa estela
con sabor a princesas de Darío.
Un embarazo, la cárcel, Europa,
sin que Georgette fuera la felicidad:
tras la escena del balcón, abundaron
más las discusiones y los abortos.
Como siempre, eran pocos, y hombres,
los que habrían creído en tu genio
aun sin que te nos murieras de España
como un cochino y miserable santo,
igual que un hombre capaz de ser bueno
hasta extremos en verdad preocupantes.
Esa vieja Segunda República
y, cómo no, ese meticuloso
jardín de la poesía resultaron
al cabo tus verdaderas pasiones,
el premio a tantas desdichas, puesto que
sólo al dejar de ser, Amor es fuerte.

Bernd Dietz